

**XVII Concurso Literario Julio Cortázar del CTPCBA**

**Obra: Osaka**

**Seudónimo: Carlos Defeo**

**Cantidad de páginas: 3.**

## Lo de siempre

Seudónimo: Carlos Defeo

—Te sigo hasta el fin del mundo —te dije.

—Juntos hasta la eternidad —me dijiste.

Tu trabajo nos trajo a Osaka. Es domingo y caminamos por el *Keitakuengarden*. Hay un lago con puentecito. Caminamos y no hablamos porque no hace falta, solo nos amamos con los ojos y después con todo lo demás. Estamos un poco aturdidos con tanto cambio de vida y tanta mezcla de lenguas. Medio tonta, pienso que tendría que inventar un idioma pero no me tengo fe. No me parece que vaya a ser elocuente como el cerezo, como el puentecito y los peces. Qué poco nos hace falta, pienso, y respiro. Me acuerdo de las palabras de mi amiga Grace, —Si la pensás, no la hacés. Nada que pensar, lo sigo y ya está. Y ya está. Mirá adonde llegamos juntos, qué cosa la vida.

Me das la mano, o te la doy yo, no importa. Algo tibio imanta las células de tu mano decidida con las de mi mano cansada. El cuerpo es el primer ideograma. Adoro mis manos cuando te tocan, o cuando tocan algún árbol del parque de Osaka. Hay sol y me abrazás casi sin tocarme como si no quisieras lastimarme. Pienso eso y lo borro asustada de mi cabeza, qué pavadas estoy pensando.

Hoy visitamos un palacio imperial. Hay un puente que cruje, otro puente que cruje, y nos divierte porque sabemos que no se va a romper nada. Me paro para levantar una piedra, me la quiero llevar de recuerdo y me retenés suave. Me divierte cuando te ponés maestrito. Y me doy cuenta de que tenés razón. Dejémosla en su lugar. Nada evoca mejor que lo que se lleva puesto en el

cuerpo.

Esta semana me espera una ceremonia del té, una cama con sábanas de un algodón mejor que el mejor sueño, alguna clase de algo tan fascinante como hermético... e inútil. No, no, qué desagradecida, inútil no. Qué necesidad de pensar cosas feas, teniendo la posibilidad de disfrutar esto tan lindo.

Seguimos acá en Osaka. Osaka ahora es acá. Sonrisas y ojos de tragaluz nos dan la bienvenida a cada paso y comemos rico en un lugar inesperado como esa brisa que se levantó de golpe. Una mano tuya sola basta para abrigar mi espalda. Me apoyo en tu pecho y mezclamos ahí lo que nos trae el día.

Recuerdo ese primer domingo en el *Keitakuengarden*, pasó un siglo. Hoy te espero a almorzar, parece que podés dedicarme un ratito. Me apretás un poco la mano para que no me lleve la turba de *salarymen* en sus trajes calcados y te miro como diciendo algo de los huesos de mi mano, de la fuerza de la tuya. No sé qué, pero algo nos decimos. Siempre nos decimos algo que tiene la trascendencia de lo que no pretende ser importante. Hoy, tu mano descuidada me dice algo que sí es importante. Hoy sí. Te aprieto más fuerte que de costumbre, temblando. Será porque me estoy desacostumbrando a que me toques. Será porque necesito un paisaje más suave, más calmo, más humano. No sabría decirme.

Suena una música en ese idioma que no entendemos, pero no nos disgusta. Tampoco nos gusta. No entiendo lo que pasa afuera, ni lo que pasa adentro. Las emociones y las cosas se están distanciando. Otra vez yo pensando pavadas.

Hoy paseo sola por el *Keitakuengarden*. Parece otro parque porque hace

frío y hay menos flores que la primera vez. Debe haber más parques, pero no pregunto porque comunicarme no es mi fuerte. Esta ciudad me paraliza la voluntad. Aprendí a decir *Keitakuengarden* y aquí me quedo. Intento explicarme eso que me pasa y fracaso. Entonces rozo con la mano un árbol, tímida para que no me vean. Le hablo bajito y le digo que un día me voy animar a dejar de ser una valija.

Escucho con mis auriculares una canción dieciocho veces seguidas. Exprimo esa canción hasta que me calme alguna duda o me enfríe el alma. «No lo sé, cuánto falta, no lo sé, si es muy tarde, no lo sé». La música me hace sentir que lo sublime está por fuera de lo que me pasa. Entonces veo un pez que ondula el agua, el balanceo de algunos pétalos, el brillo de unas piedras al sol. El pez me mira y lo percibo como un oráculo que vaticina el fin del cuento.

Regreso al hotel aturdida y envuelta por luces de neón, esquivando millones de bultos que se mueven rápido. Cada paso es una odisea. «Si la pensás, no la hacés». Bueno.

No muy decidida, ni muy nada, saco un pasaje de vuelta. Alguna formalidad aprendida me dice que debería dejarte una nota. Entonces muevo los dedos sobre un papel con el logo del hotel y me río al pensar que el fin del mundo al que me referí alguna vez no era, en verdad, ningún punto geográfico. Ah, y que la eternidad es muy breve.

Subo prófuga al avión de regreso. Me desplomo en el asiento diminuto como si estuviera en mi sillón del living. Me ajusto el cinturón y, mientras me elevo a casa, me divierte pensar que si yo fuera un ideograma significaría «mujer que llega al café El coleccionista, el mozo le da el diario y le pregunta: ¿Lo de siempre?». ».